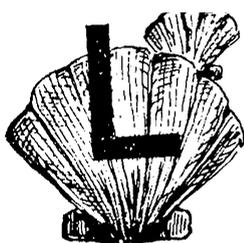


PRIMERA ESCUADRA NACIONAL

CIEN AÑOS HAN PASADO DESDE QUE ZARPO

Por

Eduardo TAMPE Maldonado
Capellán, Armada de Chile



A CREACION de la primera escuadra que Chile lanzara al mar, en defensa de sus más caros y sagrados derechos, es sin duda, uno de los episodios más culminantes y de mayor brillo en la historia de nuestra independencia patria. El haberse llevado a cabo semejante obra en una época, como aquélla, de extremo atraso y pobreza, señala la medida del acendrado patriotismo, de la inquebrantable energía que hubieron de desplegar los hombres públicos a quienes tocó regir en aquel entonces los destinos del país. Porque, como con verdad dice nuestro historiador García Reyes, "¿de dónde sacar buques a propósito para la guerra, cuando apenas comenzaba a preludiar en nuestras costas el comercio?; ¿cómo tripularlos, cuando se carecía completamente de gente de mar?; ¿de dónde proveerse de elementos navales, no habiendo fábricas, ni almacenes, ni hombres hábiles de que valerse para su preparación?; ¿en dónde podrían encontrarse jefes y oficiales subalternos? Exhausto el presupuesto con los desastres de una guerra prolongada, no es posible encontrar recursos para conservar un numeroso ejército de tierra y mantener también en pie una escuadra". Y, sin embargo, todo fue posible, y de la nada vemos surgir robusta y gallarda una flota,

bastante poderosa para darnos el dominio del Pacífico y consumir la obra de redención.

Don Bernardo O'Higgins y don Ignacio Zenteno, he aquí los genios creadores de nuestra primera escuadra: he aquí dos hombres que deberían siempre figurar esculpados en los escudos de nuestras mejores naves, cual símbolos de gratitud hacia la memoria de tan distinguidos patriotas. Uno de estos nombres, el de "O'Higgins", por cuarta vez se perpetúa en una de nuestras unidades más poderosas, sin duda como nombre bautismal de nuestra Marina; el otro, "Zenteno", también ha permanecido ligado a nosotros, y por segunda vez, una de nuestras unidades lo conserva.

Después de la victoria de Chacabuco, un solo pensamiento agitó los consejos del Gobierno: dar pronta cima a la creación de una escuadra que pudiera consolidar el triunfo que acababa de obtener el ejército patriota.

Sin una escuadra, en efecto, la liberación completa del territorio patrio se habría visto retardada, si no comprometida seriamente, desde que por la ancha y expedita vía del océano, el virrey del Perú y la España misma, desde sus lejanas costas, podían hacer llegar al ejército realista que operaba en el sur de Chile, los refuerzos que le hubiesen sido necesarios para que recuperase el terreno perdido.

Es por eso, que uno de los actos que mayor importancia tuvo en la independencia de Chile fue la captura de la fragata española "Reina María Isabel" por la incipiente escuadra chilena al mando del almirante Manuel Blanco Encalada. Esta acción naval, ocurrida en los albores de nuestra patria e inmortalizada por el histórico pincel de Somerscales, no ha sido debidamente apreciada por la historia, aunque, a nuestro juicio, ella debe figurar entre los acontecimientos más significativos en la lucha por la emancipación de Chile, y cuyo resultado fue decisivo para el destino de América, ya agitada toda ella por el soplo de la libertad.

El Director Supremo Bernardo O'Higgins y su Ministro Ignacio Zenteno sabían que una importante flota había zarpado desde Cádiz encabezada por la poderosa fragata "Reina María Isabel", comprada por España a Rusia y que, provista de los mayores adelantos marinos de la época, venía a las costas del Pacífico a enfrentarse con la Marina chilena, unirse después a los barcos del virrey del Perú y atacar enseguida a las provincias del Río de la Plata, a fin de restablecer el dominio español en América. El Director Supremo y su gobierno comprendieron que la independencia del continente estaría siempre en peligro, si las ex colonias no mantenían el absoluto y definitivo dominio del mar; resolvieron, en consecuencia, acelerar las gestiones ya iniciadas para crear una escuadra nacional. Esta tarea le fue encomendada al joven militar y comandante de Marina don Manuel Blanco Encalada, que tantas pruebas de capacidad y patriotismo había demostrado en sus actuaciones durante la guerra de la independencia.

Blanco pudo reunir y equipar en poco tiempo una flotilla de cuatro pequeños barcos que salieron de Valparaíso el 10 de octubre de 1818, al encuentro de la Armada española, en medio de la expectación y entusiasmo de todo Chile. Fue en esta ocasión cuando O'Higgins pronunció la famosa frase: "Tres carabelas dieron a España el continente americano; estos cuatro buques se lo quitarán", que el pueblo sintetizó en la exclamación "de estas cuatro tablas depende la libertad de América".

No es necesario detenernos en los detalles ya muy conocidos respecto del zarpe de esa incipiente Escuadra Nacional y de la captura de la "Reina María Isabel" en la

bahía de Talcahuano. El hecho es que Blanco, en un documento público, había expresado: "Es preciso que la Marina chilena señale la época de su nacimiento por la de su gloria". Y esto, fue cumplido cabalmente. La fragata "Reina María Isabel", y gran parte de los transportes que la acompañaban, fueron capturados y quedó desbaratada la expedición española a las costas de Chile. Blanco también había ofrecido a O'Higgins la espada del jefe de la expedición peninsular e igualmente lo cumplió. En otras palabras, mediante esta acción naval se logró reafirmar el poderío marítimo de Chile en el Pacífico Sur, contribuyendo así a la independencia no sólo de Chile sino de la parte austral de la América Latina, ya liberada en tierra por San Martín y O'Higgins en Chacabuco y Maipú.

Rindamos entonces, una vez más, nuestro tributo de admiración y cariño, bendiciendo la memoria de tan esclarecidos patriotas, inclinándonos respetuosamente ante sus nombres.

Concluida la primera etapa con el resultado ya conocido, sin embargo el trabajo de la Escuadra chilena no estaba terminado. Destruir el poder naval en el Pacífico Sur fue la tarea a la que el gran almirante inglés Lord Cochrane dedicó su extraordinaria energía, su vasta preparación y su inmenso coraje y también se cumplió dicha tarea.

Arduos días quedaban por delante tanto en tierra como en el mar. La mayor parte del sur de Chile estaba todavía ocupada por fuerzas realistas cuando el Lord empezó a actuar como Jefe de la Armada de Chile. Los rumores de nuevas expediciones reales para reforzar aquéllas que ya se encontraban en territorio chileno perturbaban a las autoridades patriotas. En Lima, un virrey español todavía dedicaba todas sus fuerzas en mantener el régimen real en Perú y reafirmarlo sobre Chile tan pronto como las tropas y armas necesarias llegaran desde la Madre Patria. Al otro lado de los Andes, las Provincias Unidas del Río de la Plata se desgarraban por la guerra civil y no podían ayudar a Chile en su lucha. Contra este telón de fondo, el apoyo inalterable de O'Higgins y Zenteno a la escuadra, constituye un elevado tributo a su sagacidad y valor. En aquella época de desaliento en tierra, ambos estadistas fundaron grandes esperanzas en los buques nacionales.

Como hemos expresado anteriormente, no es nuestro ánimo entrar en detalles de lo realizado por nuestra escuadra en cada una de las misiones que debió cumplir. Sí debemos expresar que el objetivo de Cochrane, aunque en forma parcial, fue alcanzado. Había explorado una gran parte de la extensa costa peruana, conocimiento que le serviría para cuando la escuadra estuviera organizada en una base más eficiente. A lo anterior, debe agregarse la restricción de movimientos de la importante fuerza naval española refugiada al amparo de los fuertes y las derrotas de las fuerzas militares en algunos puertos por los infantes de marina chilenos. Más aún, navegó hasta el puerto de Guayaquil, ocasión en que apresó barcos mercantes obteniendo laureles de victoria.

Vuelto al sur, su meta es apoderarse de los reductos importantes que los realistas mantenían en Corral. Nuevamente la victoria fue de la escuadra nacional dirigida por el intrépido almirante, victoria que hasta el día de hoy es considerada entre las grandes hazañas realizadas por las fuerzas patriotas en América del Sur. La captura de Valdivia, aun cuando no dio a Chile su completa independencia, por cuanto faltaba dominar en Chiloé, le ahorró, en cambio, los enormes gastos de una expedición militar para ese fin. No olvidemos que mientras Valdivia permaneció bajo el control español, Chile estuvo en constante peligro de una invasión de Santiago proveniente desde el sur, como había ocurrido en 1813. No podría haberse emprendido expedición alguna contra el Perú mientras esta amenaza estuviera pendiente, pues habría sido necesario estacionar un considerable ejército a lo largo del Bío Bío. Finalmente, es necesario destacar que las ventajas derivadas de esta hazaña no costaron al gobierno más que un puñado de hombres y un buque de escaso valor. Los pertrechos militares capturados, incluyendo más de 800 barriles de pólvora, fueron una valiosa ayuda para las autoridades patriotas, urgidas como estaban de municiones para sus tropas.

Faltaba, sin embargo, una tarea muy importante. El derrocamiento de la administración virreinal en Lima, que era, en efecto, un complemento indispensable para los éxitos de Chacabuco y Maipú. La organización de una flota y el establecimiento del control del mar fueron de la exclusiva responsabilidad de los patriotas

chilenos y esto se considera como la mayor contribución a la causa general de la independencia hecha por los gobiernos patriotas de la América Hispana.

El objetivo de Cochrane no era otro que bloquear El Callao para en seguida destruir las fuerzas navales del virrey. Conforme a las instrucciones impartidas por el gobierno de Chile, se trata de "extraer al Perú de la servidumbre de España, elevarlo al rango de una potencia libre y soberana, y concluir por ese medio la grandiosa obra de la independencia de Sudamérica". Asegurada entonces la independencia de nuestros hermanos del norte y aumentada la capacidad de nuestra escuadra con la captura de la fragata "Esmeralda", pudo Cochrane recorrer triunfante el Pacífico llegando hasta Acapulco, en México, es decir, como virtual dueño indiscutido de la costa americana. Quedaba de ese modo terminada la guerra en el Perú.

Un último reducto permanecía todavía en manos de los realistas: Chiloé, con las importantes fortalezas de San Carlos de Ancud. Con el tiempo, estas se habían constituido en una amenaza latente contra nuestra independencia y de las naciones sudamericanas, pues proporcionaban una base de operaciones para las expediciones marítimas de reconquista, enviadas desde España. Así lo comprendió el mismo Libertador Simón Bolívar, quien, después de Ayacucho, proyectó libertar Chiloé con sus propios efectivos.

La Armada de Chile, recientemente fogueada en las contiendas del vasto Pacífico, y cuya acción, como hemos visto, se había extendido hasta las costas de México, fue el elemento vital en la campaña de Chiloé. La pericia de su oficialidad y el arrojo de sus marinos fue factor decisivo en los desembarcos efectuados en los fondeaderos de aquella gran isla, sembrados de escollos en medio del habitual mal tiempo de esas latitudes. La guerra de la independencia estaba ahora concluida.

La clarividencia geográfico-política del procer de nuestra independencia, general O'Higgins, nos habría de permitir la incorporación de la austral región del Estrecho de Magallanes al viejo tronco nacional en forma que se estructurara la "unión de la gran familia chilena" como personal y acertadamente la calificara. Y la responsabilidad en la ejecución del plan antes señalado, recayó en el capitán de fragata don

Juan Williams, el cual, al mando de la goleta "Ancud", tomara —en 1843— posesión efectiva del Estrecho y sus territorios en nombre de la República de Chile.

De esa manera se afirmaba la soberanía nacional sobre la Patagonia y Tierra del Fuego.

Pasan los años. Una política de restricción del presupuesto nacional que incluso llega a la venta de algunas unidades de nuestra Armada, pone en peligro la soberanía que con tanto esfuerzo habíamos logrado. Sin embargo, en una guerra que jamás buscamos, nuevamente nuestra débil escuadra se llena de gloria cuando en un combate librado frente a las costas de Papudo, el futuro almirante Williams Rebolledo logra para sus fuerzas la goleta "Covadonga", que pertenecía a la Armada española.

Y así llegamos al año 1879. No es el objeto de este trabajo seguir la génesis de la guerra del Pacífico; sólo nos limitaremos a decir que la Armada había tomado parte muy activa en la ayuda a los chilenos que trabajaban en el desierto. Había buques en estación permanente en aguas bolivianas, para cautelar los intereses de nuestros connacionales, continuamente hostigados por la autoridad boliviana. Finalmente, el gobierno de Bolivia había decretado la subasta pública de las compañías salitreras chilenas en Antofagasta. El remate se llevaría a efecto a mediados de febrero de 1879, lo que para el gobierno chileno era inaceptable.

Comandaba la escuadra chilena el contraalmirante don Juan Williams Rebolledo. Ya sabemos que el plan de operaciones al iniciarse el conflicto consistió en el bloqueo del puerto de Iquique, mientras el grueso de la escuadra debería dirigirse hacia El Callao. Con la primera acción se pensó en eliminar las dos principales fuentes de entrada del enemigo, como eran el guano y el salitre, lo que a su vez obligaría a la escuadra peruana atacar a las fuerzas bloqueadoras.

El resultado del bloqueo lo conocemos y nuestros corazones palpitan con mayor intensidad cada año al conmemorar dicha gesta. Porque el sacrificio del capitán Arturo Prat perdura, nos enseña y nos alienta —perdura en el recuerdo que, desde nuestra infancia escolar hasta hoy día, permanece en el fondo de nuestra memoria; nos enseña, pues al leer y reeler los relatos del

combate comprendemos lo que pueden el valor y la voluntad del hombre, cuando hay un ideal superior que lo orienta; nos alienta, porque nos prueba que, desde la humilde realidad de nuestros bienes materiales, puede surgir la deslumbrante evidencia de una victoria final sobre todos los obstáculos.

Prat reconocía la inferioridad material en que se encontraba, pero también conocía la grandeza espiritual y la valentía del chileno en las horas difíciles. Por eso, las acciones de aquel 21 de mayo en Iquique, con el holocausto de Prat y sus tripulantes, como el triunfo de Condell en Punta Gruesa, sirvieron para aglutinar al pueblo chileno alrededor de su gobierno y de su bandera.

Pero el acontecimiento decisivo fue el combate de Angamos, librado el 8 de octubre siguiente. Este encuentro sensacional señaló el traspaso del control del mar y dejó decidido el resultado de la lucha terrestre. Quedaba ahora despejado el mar para los convoyes de tropas que irían al asalto de Tarapacá; la escuadra había abierto las puertas de la victoria.

Si antes los hombres destinados a perpetuar el prestigio de la escuadra habían sido Cochrane y Blanco, ahora eran Prat, Condell, Riveros, Latorre, Thomson... Pero la historia nos ha dejado uno que los simboliza a todos: el marinero que luchó con sus compañeros de la "Esmeralda" y que representa a nuestro personal de Gente de Mar que sabe guardar el símbolo del deber, la lealtad hacia el comandante y el servicio siempre estoico para la patria.

Las funciones de la Armada Nacional desarrolladas en cumplimiento de las responsabilidades que le fijan la Constitución y las leyes de la República, van más allá del resguardo de la soberanía. Y los buques de nuestra escuadra participan activamente en esta cruzada.

En efecto, cuando nuestras unidades fondean en algún puerto, suspendiendo transitoriamente sus ejercicios de instrucción técnica profesional, intervienen con sus dotaciones en actividades culturales, sociales y deportivas; colaboran en la ejecución de obras públicas y proceden en algunos casos a atender diversos servicios de utilidad pública, o bien proporcionan atención médico-dental en forma gratuita. Los viajes de soberanía por la región austral, incluyen un recorrido por el área del Beagle,

donde en 1954 se fundara Puerto Williams para que sirva de apoyo a la escuadra, y al mismo tiempo señale la presencia del dominio nacional en aquellas inhóspitas y difíciles regiones.

Año a año la escuadra dedica en forma continuada los mejores esfuerzos para preparar sus efectivos militares y lograr un alto nivel de eficiencia y hacerse digna de la confianza que la nación ha depositado en ella, en resguardo de su soberanía y seguridad. El extenso litoral, columna vertebral del desenvolvimiento comercial interno de nuestro país, es motivo de permanente preocupación para la escuadra y la Armada entera.

Para concluir, no olvidemos que vivimos en guerra. Es una guerra declarada por el marxismo leninista, sus satélites y sus seguidores oportunistas en contra de nuestra patria. Una guerra que no es fren-

te a frente, sino a través de la perfidia hipócrita, cínica y maligna del marxismo de Moscú, que hace uso de todo el poder que ha alcanzado en el mundo para tratar de destruirnos.

Es ahora cuando todos nosotros los chilenos, dignos descendientes de nuestros héroes de la paz y de la guerra, debemos actuar tal como ellos lo hubieran hecho ante la situación que estábamos viviendo.

Debemos luchar con fe en los destinos de nuestra patria, no importando lo desigual de la lucha, por nuestra supervivencia como nación libre y con un profundo espíritu humanista y cristiano.

No nos deben caber dudas de que Arturo Prat desde el infinito de la gloria nos dice: "Chilenos, la contienda es desigual; pero animo y valor...".

Sepamos, pues, ser dignos del suelo que nos vio nacer.

